

BENJAMIN DE TUDELA

El desarrollo de la geografía sólo ha sido posible gracias a una serie de viajeros que en el transcurso de los siglos ha ido abriendo un ámbito cada vez mayor a los ojos de la humanidad.

Frente a la vieja concepción antropocéntrica del universo y, como no, de la tierra, que tendía a transformar a cada nación en el centro en torno del cual giraban todos los pueblos del mundo, poco a poco y gracias a las peripecias y avatares sobrellevados por un contado número de aventureros científicos, se fue abriendo paso la idea de un ecúmene en el que sus miembros eran a la vez centro y satélites de todos los demás.

A mediados del siglo XII, terminada la expansión del islam, en un momento de estabilidad notoria para el mundo mediterráneo, surgió la primera *summa* lograda de los conocimientos geográficos allegados por el saber humano hasta aquel entonces. La obra del Idrisí constituye el pináculo de estas concepciones. Trabajando en la corte de un soberano cristiano, Roger II de Sicilia, realizó la primera síntesis de los conocimientos geográficos en la Edad Media, recogiendo cuantas noticias pudo conseguir de comerciantes, viajeros, informadores e, incluso, de los propios mensajeros que por su orden o encargo y sostenidos pecuniariamente por su mecenas, recorrían las distintas partes del orbe en busca de datos que permitiesen dibujar la primera imagen de la tierra digna de tal nombre.

En este ambiente en que el viajar era casi una imposición de las religiones practicadas en el mundo mediterráneo —judíos y cristianos en pos de Jerusalén y los musulmanes tras la Meca—, florece uno de los personajes más curiosos de la historia de la geografía. Poco conocido —casi los únicos datos que de él poseemos nos los narra en su obra— y viajero infatigable, intentó darnos a conocer la situación de las distintas comunidades de la diáspora en su época: Benjamín de Tudela es uno de los primeros viajeros judíos de interés universal; constituye el ejemplo más clásico de lo que la curiosidad puede hacer en favor de la ciencia en muchas ocasiones. El mismo, —que por el hecho de viajar no hacía nada original puesto que seguía el ejemplo que le daban tantos píos musulmanes y cristianos de la Península— jamás se dio cuenta de la importancia que sus datos, recogidos en un itinerario sin ninguna pretensión, iban a tener para la posteridad.

Nacido en Tudela (no en Toledo como algún erudito ha pretendido), sintió siempre un profundo amor hacia su gente y hacia toda clase de gobiernos tolerantes que permitieran desenvolverse a sus correligionarios en una atmósfera de libertad: en este aspecto la política de los últimos abbasíes y de Nur al-Dín merecen todos sus plácemes. Se esfuerza en justificar la posición de sus hermanos en los más distintos ambientes —prácticamente establece el censo de los judíos existentes en las distintas regiones visitadas con mención de sus

sabios y de sus discrepancias religiosas— y se enorgullece cuando puede citar el caso —al menos imaginario— de alguna provincia dominada políticamente por ellos. Tal ocurre con Nisapur, Tayma, Haybar y con los falachas.

Su instrucción debió de ser adecuada para emprender el viaje que le llevó hasta Oriente: hablaría el hebreo —sabemos que tenía un perfecto conocimiento de la Biblia y del Talmud— y el árabe —lengua de relación en su época— junto con algún idioma romance.

Es imposible fijar si su viaje fue debido a motivos comerciales —se ha insinuado que bien pudo ser joyero o comerciante— o bien puramente científicos o religiosos. En su relación se nos presenta como buen observador y crítico bastante sensato, por más que ni en un extremo ni en otro esté a la altura de muchos musulmanes, coetáneos suyos, que recorrieron buena parte del ecúmene en busca de información geográfica. Sin embargo los datos que transmite acerca del comercio internacional de la época, de la escritura jeroglífica y de la difusión del arameo como lengua hablada, son buen índice de su capacidad de análisis y crítica.

Su obra podría ser encuadrada sin dificultad dentro de las narraciones de viaje musulmanas de la época (*rihlas*) y hay que reconocer que guarda más paralelo con éstas que con cualquier otra obra del género de origen cristiano. Benjamín de Tudela es en este aspecto, como muchos otros judíos sefardíes, un fiel discípulo o imitador de los saberes de los árabes.

MANUSCRITOS

Los manuscritos que nos conservan su obra presentan frecuentes lagunas. Los principales son :

1. El más antiguo y mejor del British Museum (27029).
2. El de la Casanatense de Roma (n.º 216 del Catálogo Sacerdote). El copista, Isaac de Pisa, terminó su obra en 5189/1430.
3. El de Epstein (Viena). La copia, terminada hacia 1599, sirvió de base a la edición de Ferrara (cf. n.º 12).
- 4a El de la colección Oppenheim (Bodleiana de Oxford), de origen rabínico español (siglos XIV-XV).
- 4b Otro manuscrito, de la misma colección que el anterior, del siglo XVIII, mano oriental y al que falta la primera mitad de la obra.

Las transcripciones de todos estos manuscritos reproducen la pronunciación de la época.

EDICIONES

5. Constantinopla, 1543. Es la edición *princeps*. Fue impresa por Soncino. Se desconoce cuál fue el manuscrito base utilizado y sólo se sabe la existencia de un ejemplar incompleto en la colección Oppenheim. Muy incorrecta, constituye la base de las enumeradas *infra* con los números 6-11.
6. Friburgo de Brisgovia, 1583, impresa por Sifronios.
7. Leiden, 1633. Reimpresa por los Elzevirios a partir de la número 6.
8. Leiden, 1633. Edición de Constantino l'Empereur. Reproduce el texto de la número 6 introduciendo variantes de escaso valor.
9. Amsterdam, 1698, por Gaspar Sten. Pésima. Reproducida en 1734.
10. Altdorf, 1762, por Juan Andrés Michael Nagel. Reproduce la núm. 7.
11. Sulzbach, 1782. Pésima. Reproduce la número 8.

12. Ferrara, 1556 (cf. n.º 3). Imprenta de Abraham ben Usque. Es mucho mejor que la *princeps* y el único ejemplar conocido se encuentra en la Bodleiana. Probablemente se funda en un manuscrito de la familia del de Epstein.
13. Londres, 1841, por ADOLF ASHER: *The travels of R. Benjamin of Tudela*. Basada en el número 12 constituye el primer esfuerzo serio y con crítica moderna realizado para entender el texto del tudelense.
14. Como ediciones derivadas de la 12 pueden considerarse las de 1734, 1844, 1859, 1862, etc., publicadas en distintos lugares de Europa.
15. Jerusalén, 1903, por Grünhut, quien edita y traduce al alemán los viajes de Benjamín de Tudela a base del ms. Casanatense (2).
16. Londres, 1907, por MARCUS NATHAN ADLER: *The itinerary of R. Benjamin of Tudela* (imprenta Frovvde) a base del ms. del Br. Mus (1). Edita y traduce el texto al inglés.

TRADUCCIONES

17. Amberes, 1575. Traducción latina, a base de la edición *princeps* (5), por Benito Arias Montano. Fue impresa por la tipografía real de Plautino bajo el título: *Itinerarium Banjamini Tudelensis: in quo res memorabiles, quas ante quadringentos annos totum fere terrarum orbem notatis itineribus dimensis vel ipse vidit vel a fide dignis suae aetatis hominibus accepit, breviter atque dilucide describuntur*. La traducción a veces peca de poco exacta, pero representa un gran esfuerzo para comprender y valorar debidamente la obra del tudelense.
18. Helmstadt, 1636 (Imprenta Calixtina). Reproduce la versión de Arias Montano (17) con. diciones sobre la Meca y Medina tomadas de las descripciones de Wartomann y Juan Wild.
19. Leipzig, 1644 (Teubner). Reproduce la número 18.
20. Londres 1625. Traducción inglesa de la Purchas's Pilgrimes derivada de la número 17.
21. La Haya, 1735. Traducción francesa de Bergeron derivada de la del número 17. Inserta en la *Collection de voyages, faits principalement en Asie, dans le XII, XIII, XIV et XV siècles*. Reeditada en París, 1830.
22. Leiden, 1633. Traducción latina a base del texto de Friburgo (6, 7), realizada por Constantino l'Empereur de Oppyck. Su autor, en un prólogo bastante extenso, ataca la versión de Arias Montano (17) y al propio Benjamín de Tudela. Al primero desde el punto de vista erudito y al segundo por falta de veracidad. Ambas acusaciones carecen de suficiente fundamento y su versión es inferior a la del gran hebraísta español. Sin embargo, su traducción tuvo una numerosa descendencia.
23. Leiden, 1633. Latina.
24. Amsterdam, 1666. Holandesa, por J. Bara.
25. Amsterdam, 1691. En yiddish.
26. Franckfurt, 1711. En yiddish.
27. Amsterdam, 1734, por JEAN PHILIPPE BARATIER: *Voyages de R. Benjamin, traduits de l'hébreu et enrichi de notes et dissertations*. Esta traducción es curiosa porque su autor nació en Schwabach, cerca de Nuremberg, en 1721 y murió ¡en 1740! A pesar de ser obra, pues, de un niño, tiene valor científico.

28. Londres (?), 1744. Fragmentaria inglesa de Harris a base de 20 y 22.
29. Londres, 1784. Inglesa de Garrans a base de 20, 22 y 27.
30. Londres, 1841. Inglesa de A. Asher (13).
31. Leiden, 1846. Holandesa de S. Keyzer.
32. Berlín, 1894. Alemana de MARTINET: *Reisetagebuch des R. Benjamin von Tudela*.
33. Londres, 1907. Inglesa de M. N. Adler (16).
34. Jerusalén, 1903. Alemana de Grünhut (15).
35. Petersburg, 1881. Rusa de Margolin, publicada junto a las relaciones de Petahiah y Eldad ha-Daní.
36. Madrid, 1918. Española de IGNACIO GONZÁLEZ LLUBERA: *Viajes de Benjamín de Tudela 1160-1173, por primera vez traducidos al castellano con introducción, aparato crítico y anotaciones*.

Esta última traducción tiene un valor muy superior al que su título indica, pues a pesar de no dar la edición del original hebrero, añade un aparato crítico textual del más alto interés con referencia a él.

El texto de Benjamín de Tudela, tal y como se nos ha conservado, parece ser un resumen del primitivo, o bien unas simples notas de viaje destinadas a redactar, en el momento oportuno, el texto definitivo. Asher¹ ya hizo notar que «las descripciones de diez ciudades y dos episodios contenidos en la obra, abarcan en extensión más de la mitad de la misma, mientras que otras doscientas ciudades aproximadamente, algunas de las cuales son de tanto interés como aquéllas por varios conceptos, son anotadas tan sucintamente que toda la información concerniente a las mismas está comprendida en muy breve espacio». Este sistema de tomar notas para luego proceder a la elaboración del texto definitivo fue empleado con cierta profusión por los árabes y uno de los libros de más interés para la Historia de la Ciencia, el del cadí toledano Ibn Saíd, nos ha llagado de esta forma. La redacción definitiva no la debió poder llevar a cabo, tal vez por sorprenderle la muerte al llegar a Castilla en el curso de sus viajes. Al menos el autor anónimo del prólogo nos dice²: «Este es el libro de los *Viajes* que compuso R. Benjamín, hijo de Jonah de Navarra. R. Benjamín salió de su lugar, de la ciudad de Tudela, recorriendo muchas y apartadas tierras... Este libro lo trajo consigo al venir a Castilla en el año 4933/1173». Este año fue precisamente el de su muerte, según testimonio de Abraham b. Daud³. La cronología del viaje puede establecerse con bastante exactitud gracias a las referencias que en el mismo se encuentran a hechos históricos que nos son bien conocidos. De este modo sabemos que salió de su ciudad en 1159.

La obra de Benjamín de Tudela ha sido siempre muy apreciada entre los judíos —el número de manuscritos que se conservan son un buen testimonio— debido a que constituye una fuente de información veraz del estado de la diáspora en el siglo XII y por otra parte contiene un buen inventario de los judíos notables de cada ciudad. En pocas palabras: es a la vez un censo y un repertorio biográfico. El éxito de esta obra hizo que fuera imitada, con mayor o menor gracia, por otros escritores, y así ocurre con el judío catalán

¹ *The itinerary* II, XVII.

² Los textos traducidos los tomamos de la versión de I. González Llubera.

³ Cf. GONZÁLEZ-LLUBERA: *Viajes...* p. 24.

Isaac Helio, quien, emigrado a Palestina en 1333, hace uso, en sus descripciones geográficas, de la obra de Benjamín de Tudela⁴.

EL VIAJE

Los *Viajes* de Benjamín de Tudela, primera obra en su género escrita en hebreo, han encontrado un lugar en todas las obras dedicadas a la literatura judía y a la historia de la geografía. S. Dubnow⁵, M. Waxman⁶, R. Hennig⁷, etc., etc., le han dedicado por uno u otro concepto, bastante atención. Desde el punto de vista geográfico constituyen el más antiguo testimonio judío de un hecho que nos era bien conocido por otras fuentes: la del espíritu viajero, aventurero y comercial de los judíos medievales. Los *Viajes* de Benjamín de Tudela no hacen más que confirmar las palabras de Ibn Jurdabih (m. c. 912)⁸: «Los comerciantes judíos hablan persa, griego, árabe, lenguas germánicas, español y eslavo. Viajan de Oriente a Occidente y de Occidente a Oriente, por mar y por tierra. De Occidente traen eunucos⁹, esclavas, muchachos, sedas, pieles y armas¹⁰. Se embarcan en el mar occidental del país de los francos y se dirigen a Farama. Una vez allí colocan sus mercancías a lomos de los animales y van a Kulzum. Entonces se embarcan en el mar oriental y se dirigen de Kulzum al Hichaz y Chedda, desde donde alcanzan el Sind, la India y China. En el camino de regreso toman como cargamento almizcle, áloe, alcanfor, canela y otros productos de oriente. Vuelven por Kulzum a Farama y se embarcan de nuevo en el mar occidental para dejar sus mercancías en Constantinopla o en el país de los francos. A veces los mercaderes judíos van también, si vienen de Occidente, a Antioquía y después de tres días llegan al Éufrates y por fin a Bagdad. Allí embarcan en el Tigris hacia Ubulia, desde donde se dirigen a Omán, el Sind y China a vela».

Es decir, los judíos recorrían las mismas rutas y se exponían a los mismos peligros y riesgos que los comerciantes musulmanes o los peregrinos, pues muchas veces realizaban sus viajes aprovechando las caravanas o buques organizados o fletados para peregrinaciones¹¹.

Estos caminos, bien trillados, fueron los recorridos con ligeras variantes por Benjamín de Tudela: sale de Tudela y por Zaragoza, Tortosa, Barcelona, Gerona, Narbona y Béziers, llega a Montpellier. «Allí acuden para comerciar desde países cristianos y países mahometanos: del Algarbe y Lombardía, del

⁴ G. SARTON: *Introduction to the history of Science...* II, 414; III, 793 e índices. En el itinerario de Benjamín de Tudela, al hablar de Zaragoza, no hallamos ninguna alusión al clima de dicha ciudad, contra lo que afirma SARTON, *IHS* III, 1379.

⁵ *Weltgeschichte des jüdischen Volkes*, IV (Berlín, 1926), 383-385.

⁶ *A history of Jewish literature*, I (New York, 1938), 436-441.

⁷ *Terrae incognitae*, II (Leiden, 1950), 433-437.

⁸ Apud. HENNIG: *Terrae Incognitae...* p. 434.

⁹ Cf. J. VERNET: *El valle del Ebro como nexo entre oriente y occidente*. BRABLB, 23 (1950), 254.

¹⁰ Es curioso comprobar la constancia con que los estados occidentales han facilitado armas al mundo islámico. Esta cita, que remonta al siglo X, puede completarse con toda la serie de prohibiciones del papado a través de la Edad Media y de los soberanos absolutos de la Moderna.

¹¹ Cf. J. VERNET: *Influencias musulmanas en el origen de la cartografía náutica*. (Madrid, 1953), 8-9. S. D. GOITEIN: *From the Mediterranean to India: documents on the trade to India, South Arabia and East Africa from the eleventh and twelfth centuries*. "Spéculum" 29 (1954), 181-197.

reino de Roma la Grande, de todo Egipto y Palestina, Grecia, Francia, España e Inglaterra; gentes de toda lengua se encuentran allí para negociar por medio de los genoveses y los písanos». La noticia es rigurosamente exacta, pues hasta que en el siglo XIV se regularizó el comercio marítimo entre el Atlántico Norte y los puertos del Mediterráneo, los intercambios mercantiles entre ambas regiones se realizaban en las ciudades mediterráneas del sur de Francia. De Montpellier pasa R. Benjamín a Lunel, Posquières, Gilles, Arlés, Marsella, Génova, Pisa, Luca y llega a Roma. Dedicó a esta ciudad una descripción bastante extensa. Dice, entre otras cosas, que allí se encuentra la iglesia de San Juan de Letrán, y en ella dos columnas de bronce, que se encontraban en el Templo, obra del Rey Salomón, de bendita memoria, en cada una de las cuales está grabado: Salomón hijo de David». Y contaban los judíos de Roma que todos los años, en el día 9 de *ab*¹², notan sobre ellas un sudor que corre como agua».

De Roma pasó a Capua, Puzzol, Nápoles, Salerno —en donde se hace eco de la existencia de la gran escuela de medicina fundada por Constantino Africano—, Amalfi, Benavente, Melfi, Ascoli y Trani. En esta ciudad es adonde se reúnen los peregrinos para pasar a Jerusalén, porque allí el puerto es muy cómodo».

Por Bari, Tarento, Brindisi, Otranto, Corfú, Arta, Achelous, Anatólica, Patras, Lepanto, Crissa, Corinto, Tebas, Negroponto, Jabustrisa y Rabónica, llega a Sinón Potamos. En las montañas que rodean a esta ciudad vive el pueblo de los valacos «gente ligera como los ciervos que bajan de los montes hacia Grecia para saquear y pillar; nadie puede subir a ellos para hacerles la guerra; tampoco rey alguno es capaz de dominarlos. No están muy fuertes en la fe cristiana, se llaman entre sí con nombres judaicos y aun hay quien dice que eran judíos y que llamaban hermanos a los judíos; y en efecto, cuando se encuentran con ellos los saquean, pero no los matan como a los griegos. En realidad no tienen fe religiosa alguna»¹³.

Sigue el viaje por Gardiki, Armiro, Bisina, Salónica, Demetrizi, Drama, Cristópoli, Abidos y Constantinopla ciudad ésta que reclama buena parte de su atención y le pone por vez primera en presencia de un parque zoológico. Por otra parte contrapone la servidumbre de los judíos, vilipendiados y despreciados por los griegos, a la incapacidad de éstos para enfrentarse con sus enemigos, pues «toman mercenarios de todos los pueblos, que por ellos son llamados *bárbaros*, para hacer la guerra al sultán Masud, rey de los turgamíes, llamados turcos, porque ellos no tienen ímpetu en el corazón para la guerra, siendo por lo tanto considerados como hembras, que no tienen fuerza para resistir».

Por Rodosto, Galípoli, Cales, Mitilene, Chíos, Samos, Rodas, Chipre, Coricos, Tarso, Antioquía Laodicea, Gebal —sede de los asesinos o *hasisin*— llega a Giblet en donde da noticia de un hallazgo arqueológico: «Allí descubrieron el lugar del templo que fue en tiempos pasados de los ammonitas, hallándose el ídolo de éstos sentado en una «cátedra» que es una especie de trono de

¹² Fecha del calendario judío en la que éstos ayunan en recuerdo de la destrucción del Templo de Jerusalén.

¹³ Cf. CÉSAR E. DUBLER: *Abu Hamid el Granadino y su relación de viaje por tierras eurasiáticas*. Madrid, 1953. p. 163 e índices.

piedra recubierto de oro; a sus lados están colocadas dos figuras de mujer, una a su derecha y otra a su izquierda; y delante del ídolo un altar en el cual sacrificaban y quemaban incienso en tiempo de los ammonitas».

Va a Beirut y al pasar por Saida recoge datos sobre los drusos: «son considerados como paganos herejes: no tienen religión. Viven en las altas montañas y en las cavernas de los peñascos; ni tienen rey ni príncipe que domine sobre ellos, llevando una vida solitaria entre montes y peñones. Hasta monte Hermón llegan sus términos, camino de tres días. Anegados de lujuria toman a sus hermanas por mujeres y el padre a su hija y celebran una fiesta anual a la que acuden todos, hombres y mujeres, a comer y beber juntos, y luego cambian sus mujeres, cada uno con la de su prójimo. Dicen ellos que el alma, al tiempo de salir del cuerpo de un varón bueno, se une al de un niño, que nace en el mismo momento que sale el alma del cuerpo de aquél; y si fuese un hombre malo se une ésta al cuerpo de un perro o de un asno: tal es su camino de torpeza y necedad».

Pasa a Sarfend, describe Tiro y su puerto y por Acre, Haifa, Cafarnaum, Cesarea, Kakón, San Jorge y Sebastiaga llega a Naplusia, ciudad ésta en torna a la cual se encuentran los descendientes de los antiguos samaritanos. Una noticia breve, pero de sumo interés, da a conocer las principales características de este pueblo y anota —detalle filológico— que no pronuncian las tres guturales *alef, het y avin* sacando consecuencias improcedentes de tipo moral, ya que de dicho defecto lingüístico, mediante consideraciones no expuestas, pero de tipo cabalístico, deduce su falta de gracia, caridad y modestia. Por el monte Gelboa, el valle de Ayalón y Mahomerie le Gran llega a Jerusalén, de la cual da una descripción bastante larga y destaca su carácter cosmopolita, se refiere a los templarios y recoge una bonita leyenda, posiblemente emparentada, o cuando menos relacionada, con uno de los cuentos de *Las mil y una noches* sobre las Tumbas de David, Salomón y demás reyes judíos: «En monte Sión se encuentran las tumbas de la casa de David y las de los reyes que le sucedieron; pero ya no se reconoce este lugar; pues hace quince años se cayó un muro de la iglesia que está en monte Sión y entonces ordenó el Patriarca al inspector que reedificase aquella iglesia, y le dijo: «toma las piedras de las murallas viejas y reconstruye con ellas la iglesia». Así lo hizo. Alquiló albañiles a jornal fijo, en número de veinte, los cuales arrancaban las piedras de los cimientos de la muralla de Sión. Ahora bien: entre ellos había dos hombres unidos por la más íntima amistad: un día uno de ellos convidó al otro; después de la comida se fueron a su trabajo. Les dijo el capataz: «¿Por qué os habéis retrasado hoy en venir?». Respondieron: «¿Qué te importa? Cuando se vayan a comer nuestros compañeros, seguiremos nuestro trabajo». Llegada la hora, mientras sus compañeros comían, ellos arrancaban piedras; al levantar una se encontraron con la boca de una cueva, y dijo el uno al otro: «Vamos a ver si hay algún dinero». Iban andando por la entrada de la cueva, cuando dieron con un gran palacio, edificado sobre columnas de mármol, cubierto de oro y plata. En frente había una mesa de oro, y el cetro y la corona; allí precisamente estaba la tumba del rey David; a su izquierda la del rey Salomón, de la misma manera, y así sucesivamente la de todos los reyes de Judá enterrados allí, encontrándose asimismo unos cofres cerrados, de cuyo contenido nadie tiene noción alguna. Cuando estos dos hombres intentaron entrar en el palacio, he aquí que un viento impetuoso que venía de la boca de la cueva los sacudió de tal manera que cayeron al suelo como muertos, y así

estuvieron hasta la tarde, cuando otro viento sobrevino, gritando con voz igual a la de un hombre: «Levantaos y salid de aquí». Salieron, pues, de allí asombrados y presurosos, fueron al Patriarca y le contaron estas cosas. El Patriarca mandó traer a su presencia a R. Abraham Hasid, oriundo de Constantinopla, que es de los que llevan luto por la destrucción de Jerusalén, y le contó todas estas cosas, según el relato de aquellos dos hombres, que de allí llegaron. Le contestó R. Abraham diciéndole: «Seguramente que aquellas son las tumbas de la casa de David y de los reyes de Judá: mañana iremos tú, yo y estos dos hombres y veremos qué es lo que hay allí». Al día siguiente mandaron buscar a aquellos hombres y los encontraron cada uno en su cama, llenos de temor, diciendo: «No volveremos a entrar allí, puesto que no es voluntad de Dios mostrarlo a ningún hombre». Entonces ordenó el Patriarca tapiar aquel lugar, para ocultarlo a todo el mundo, lo que continúa hasta el día de hoy. Estas cosas me las contó el mismo R. Abraham Hasid».

Por Belén, Hebrón —donde señala la existencia de las tumbas de los patriarcas—, Bet Gebrín, Torón de los Caballeros, Silo, Mahomerie le Petit, Bet Nuba, Ramleh, Jafa, Ibelin, Palmid, Ascalón, San Jorge, Zerein, Saffuriya, Tiberias, Timin, Jis, Merún, Alma, Kadis y Banias llega a Damasco, capital entonces de los dominios de Nur al-Dín. Se entretiene en la descripción de la ciudad, de la cual cuenta verdaderos portentos y como de costumbre, hace mención de los judíos residentes en ella, cita a sus principales jefes y anota que a pesar de pertenecer a distintas sectas viven en paz entre sí. Sigue por Galid, Salhat, Baalbek y llega a Tadmor y aquí se encuentra con «unos dos mil judíos muy valientes y aguerridos; hacen la guerra a los cristianos y a los beduinos, sujetos al rey Nur al-Dín, socorriendo a sus vecinos los mahometanos. Sus jefes son: R. Isaac el Griego, R. Natán y R. Uzziel»¹⁴.

Por Kariatín, Emesa, Hama, Cheizar. Dimin, Alepo. Balis, Calat-Jaber, Racca, Harán, Ras-el-Ain, Nisibe y Chazira ibn Ornar llega a Mosul y empieza su recorrido a través de la Mesopotamia¹⁵ y tras Irbil, Rahbah, Karkisia, al-Anbar, Hadrach y Okbara llega a Bagdad, ciudad que le causa gran impresión a juzgar por la extensión que le dedica y las cosas que de ella cuenta. La gobierna entonces el califa abbasí al-Mustanchid (1160-70), al cual nos muestra como un gran protector de los judíos. En realidad sus aseveraciones son exageradas, pues las atenciones tenidas para con éstos eran ni más ni menos las mismas que, cada una a su modo y en su respectiva esfera, se tenía para las demás minorías y para con sus jefes residentes en Bagdad. En este aspecto la política oriental de la época era bien distinta de la seguida por los soberanos musulmanes de Occidente, hasta el punto de que un viajero musulmán andaluz, Ibn Chubayr, que estuvo en Bagdad unos diez años después que Benjamín de Tudela, exclama al ver su tolerancia: «¡No hay religión en el Hichaz! Sólo hay islamismo en el Magreb; en todos los otros pueblos no hay más que herejía e incredulidad»¹⁶. Y eso es lo menos que se podía decir, puesto que

¹⁴ La existencia de soldados judíos al servicio de distintos soberanos ha sido notada repetidas veces. Sin ir más lejos recordemos que en las negociaciones previas a la batalla de Zalaca, se fijó ésta para un lunes, por ser viernes, sábado y domingo fiestas respectivas de los combatientes que en ella debían intervenir. El que la batalla tuviera lugar en viernes fue debido a la impetuosidad de Alfonso VI.

¹⁵ Cf. PAUL BOUCHARD: *Der Reiseweg des Rabbi Benjamin von Tudela und des Rabbi Petachia aus Regensburg in Mesopotamien und Penden*. "Tahrbuch der jüdisch-literarischen Hesel'schaft" 16 (1924), 137-162.

¹⁶ Apud. ASIN: *Algazel. Dogmática, moral, ascética*. Zaragoza, 1901 p. 118.

los representantes de las principales comunidades religiosas se reunían para discutir racionalmente, prescindiendo de sus respectivos textos sagrados. El alfaquí español Abensadi¹⁷ estuvo en una de esas tertulias un siglo antes, en época de mucha más piedad que la de Benjamín de Tudela, y oyó decir al anfitrión: «Nos hemos reunido para discutir. Vosotros, musulmanes, no nos atacéis con argumento alguno sacado de vuestro libro o fundado en la autoridad de vuestro Profeta, porque nosotros no creemos ni en ese libro ni en vuestro Profeta; atengámonos todos pues, a pruebas fundadas en la razón humana. Esta condición fue aceptada por todos unánimemente», y ese grupo, Abensadi lo especifica claramente, estaba integrado por ortodoxos y heterodoxos musulmanes, por ateos, infieles, zendos, cristianos y judíos. No es pues de extrañar la simpatía que Benjamín de Tudela demuestra frente a un gobierno de esta índole y que se extienda contando la fastuosidad de sus ceremonias y el aparato que acompaña a una exhibición pública del califa. Al mismo tiempo queda impresionado por las hosterías para viajeros, tan típicas del mundo oriental, y por el manicomio, *dar al-maristan*, institución desconocida en el occidente contemporáneo: «En él detienen a todos los dementes que se encuentran en la ciudad durante el verano, que han perdido la razón por el calor excesivo, sujetando a cada uno de ellos con cadenas de hierro hasta que recobran la razón en otoño; todo el tiempo que permanecen allí son alimentados por la casa real y cuando recobran la razón los despiden y cada cual vuelve a su casa y a su hogar. Dan dinero a cuantos han permanecido en estos hospitales y regresan a su casa y hogar. Cada mes los interrogan los oficiales del rey para observar si algunos han recobrado la razón; a éstos los sueltan para que se vayan a sus casas o para que prosigan su camino».

Benjamín de Tudela va por Ras al-ain a visitar las ruinas de Babilonia y toma por tales, al igual que Odorico de Pordenone (m. 1331) y otros viajeros medievales, las de Birs-i Nimrud, Sigue por Hilla, Kafri, describe el pretendido sepulcro de Ezequiel y pasando por Kotsonat, Ain Sifatha, Cafar al-Keram, Torrente de Raga, Kufa, Sura, Safyatib y al-Anbar llega a Hilla de nuevo y aquí se le pierde la pista que sólo reaparecerá cuando le encontramos de nuevo en Adén. En realidad, los topónimos que cita a partir de Hilla demuestran un itinerario tan ilógico que permite presumir que las noticias agrupadas bajo cada uno de ellos las conoció por oírías referir a viajeros procedentes de las regiones que cita. Esto parece comprobarse por la menor veracidad y mayor imprecisión de sus datos¹⁸.

Describe el Yemen, Cuzistán, Persia, el Turquestán, el golfo Pérsico, cuya isla de Kis, sucesora de Siraf, servía de lugar de partida para el comercio con extremo oriente¹⁹: «Acuden comerciantes de la India y de las islas, que permanecen allí con sus mercancías. Los de Babilonia, el Yemen y Persia traen consigo toda clase de trajes de seda, púrpura, lino, algodón, cáñamo, pulpa, trigo, cebada, mijo, maíz y toda clase de comestibles y leguminosas, comerciando unos con otros, importando los de la India especias en abundancia. Los isleños desempeñan el oficio de corredores entre unos y otros: tal es su fuente de vida. Hay allí unos quinientos judíos». Habla de Ceilán y de China

¹⁷ Cf. *Bibliotheca arabico-hispana*, III, biografía n.º 341.

¹⁸ Cf. sobre estas regiones los artículos de PAUL BOHCHARDT: *Die Karavanenstrassen in Arabien nach R. Benjamin von Tudela*. "Anthropos" 16-17 (1921-22) 1056-1057 y *Vitinéraire de R. Benjamin en Chine*. "Toung Pao" 23 (1924), 31-35.

¹⁹ Cf. J. VERNET: *Influencias...* 12-15.

y de ésta escribe, entre otras cosas: «Algunos dicen que está allí el mar Glacial donde domina la estrella de Orión que a veces levanta un viento impetuoso hasta el extremo que ningún marinero es capaz de gobernar la nave por la violencia del viento, que acaba por arrojar al fin la nave en aquel mar Glacial, donde no puede moverse jamás de su sitio, permaneciendo siempre allí. Los hombres mueren consumidas todas sus provisiones; de esta suerte se pierden muchas naves. Esto no obstante, la gente ha aprendido a emplear un artificio para salvarse de aquel mal lugar: llevan consigo pieles de buey y cuando se levanta el viento arrojándolos hacia el mar Glacial, toman la piel y se meten en ella con un cuchillo en la mano, cosiéndola para que no entre en ella el agua, y luego la arrojan al mar. Así que los ve el gran águila que llaman grifo, cree que dicha piel es un animal, la arrebatada y llevándosela a tierra, la deja en alguna montaña o valle para devorarla. Entonces se apresura el hombre a matar el grifo con el cuchillo; luego se despoja de la piel y echa a andar hasta que encuentra país habitado. Muchos son los hombres que se han salvado de esta manera». En esta noticia se encuentra un conjunto de leyendas que derivan de los libros de *achaiib* (maravillas) árabes, consagrados en general a describir las costas del Océano Indico. La estrella que aquí se llama indebidamente Orión es Cánope²⁰, y el método descrito para salvarse era proverbial y corría de boca en boca entre los marinos de la época, hasta el punto de que llegó a infiltrarse en *Las mil y una noches*²¹; el grifo constituye aquí el último eco del *Aepyornis maximus*²². Tras la descripción sumaria de unos cuantos puertos encontramos a Benjamín de Tudela, de nuevo realmente y en persona, en Adén.

Desde aquí la descripción de caminos se hace más precisa²³ y siguiendo una ruta muy frecuentada pasa a Asuán, habla de los pueblos salvajes que están más al sur y a los cuales se captura, para venderlos como esclavos, mediante tretas que, con variantes, también han encontrado su sitio en *Las mil y una noches*²⁴.

Benjamín de Tudela sigue remontando el Nilo y por Haluán, Cus y Fayum llega a El Cairo, gobernado entonces por el último califa fatimí. Se detiene bastante en la descripción de Egipto, en la enumeración de sus productos—entre otros cita las industrias de la salazón de los peces del Nilo—y explica, sin aportar novedades, las causas del crecimiento del río. Recorre la tierra de Gosen y por Ain al-Sems, Alubizig, Benha, Muneh Sifte, Sanum, Damira y Mahleh llega a Alejandría cuyo faro describe²⁵. Queda admirado de la importancia que tiene como núcleo comercial: «Es este país de comercio, frecuentado por gentes de todos los pueblos y de todos los dominios cristianos. Acuden allí por una parte: de las tierras de Venecia, Lombardía, Toscana, Apulia, Amalfi, Sicilia, Calabria, Romana, Cazaría, Patzinakia, Hungría, Bulgaria, Racuvia, Croacia, Esclavonia, Rusia, Alemania, Sajonia, Dinamarca, Curlandia, Islandia, Noruega, Frisia, Escocia, Inglaterra, Gales, Flandes, Hainault, Normandía, Francia, Poitou, Anjou, Borgoña, Moriana, Provenza, Génova, Pisa, Gascuña, Aragón y Navarra.

²⁰ Cf. J. VERNET: *Influencias...* 10-12

²¹ Cf. Los viajes de *Sindbad el Marino* (noche n.º 545).

²² Cf. J. VERNET: RUJJ = *Aepyornis maximus*. "Tamuda" I (1953), 102-105.

²³ PAUL BORCHARDT: *Die grossen Ost-West Karawanstrassen durch die libyische Wüste*. "Petermanns Mitteilungen" 70 (1924), 219-223.

²⁴ *Viajes de Sindbad* (noche n.º 551).

«De la parte de poniente, donde dominan los mahometanos, los hay de Al-Andalus, Al Garbe, Africa y Arabia, y de la parte de la India, Savila, Abisinia, Libia, el Yemen, Babilonia, Siria, Grecia, cuyos habitantes son llamados «gregos», y turcos. Traen allí mercancías de la India, toda clase de aromas, que compran los mercaderes cristianos.

«Es ciudad de inmenso tráfico de comercio, poseyendo cada nación su propia posada».

Por Damketa, Simasim, Sunbat, Ailam, Refidim, Monte Siná y golfo de Suez llegó a Tanis, en donde embarcó y tras veinte días de navegación tocó en Mesina y siguió hacia Palermo, Trápani, Roma y Luca.

A partir de esta ciudad puede decirse que le perdemos el rastro, puesto que a pesar de describir la ciudad de Verdún y Alemania, Bohemia, Eslavonia y Francia, tenemos la casi absoluta certeza de que vuelve a hablar de oídas, de que no visitó esos países ni influyó con sus relatos en el ánimo de rabí Petahyah de Ratisbona para que éste iniciara su viaje. Por otra parte el texto referente a Alemania presenta una curiosa intercalación atribuible probablemente al copista, y que debía constituir el colofón del manuscrito. Dice: «Israel anda disperso por todos los países y quien deja de trabajar para que se reúna no verá la señal del bien y cuando Dios visite nuestro cautiverio y «ensalce el cuerno de su Mesías» entonces cada cual dirá: Yo conduciré a los judíos para que se reúnan».

J. VERNET.

